

se trasciende —la realidad elemental y virgen de la materia—, y de fusión y confusión con esa realidad: acto que es en sí mismo misterio y conocimiento total que jubilosamente me borra, por lo cual toda especulación razonante sale sobrando. *Comunicación*, más tarde, como medio de intercambiar con los hombres alguna y solidaria verdad, por pobre que fuere, pero que, sin embargo, no me anule y permita conocerme en mi facticidad humana mediante el reconocimiento en los otros. *Conocimiento*, por último, como objetivo ya específico de la sola actividad humana posible, la de la reflexión: ardua intelección, pues, sobre el mismo proceso cognoscitivo que ha acompañado al vivir, sobre sus adquisiciones y su validez. Y de estas reducciones generales, puramente teóricas hasta el momento, habrá de accederse ahora a sus constataciones directas en la obra y el pensamiento poético de Aleixandre. Y hago constar que en todo lo hasta aquí dicho he evitado cuidadosamente, como para poder ir creando después una cierta intriga, sugerir cuál será la sustancia (¿cierre o apertura?) verdaderamente final de esa aventura que iremos siguiendo en estas páginas.

COMUNION: CONOCIMIENTO TOTAL

La primera zona de la obra aleixandrina se extiende desde *Pasión de la tierra* (1928-29) y *Espadas como labios* (1930-31), hasta *La destrucción o el amor* (1933-34) y *Mundo a solas* (1935-36). Son los libros juveniles del poeta, escritos antes de la guerra civil, y sin olvidar demasiado el inicial de los suyos, *Ambito* (aparecido en 1928), y sobre el cual sólo la crítica más reciente —Pere Gimferrer, Guillermo Carnero— ha notado cómo, a pesar de su tan distinta forma de dicción, prefigura ya actitudes y rasgos básicos de la cosmovisión posterior y distintiva del poeta. Referido a esta primera época, Aleixandre ha dicho: «Si un pensamiento central existe en la obra del poeta..., acaso sea el de la unidad amorosa del mundo.» Unión inextricable de intuiciones e impulsos —el mundo, el amor— que él mismo se encarga al momento de clarificar cuando precisa que el mundo se le aparece siempre como «reducido a una sustancia única que el poeta llama amor» («Dos poemas y un comentario», II, 650). Será así este principio, o sea el de la «unidad amorosa del mundo», el pensamiento *intuitivo* que actuará como eje de su obra de entonces. Se comprende en ella la importancia del amor, como amor-pasión y como fuerza de destrucción y deslimitación mediante la cual se revive esa más enérgica fuerza erótica, sagrada y soberbia del cosmos. No importa que el objeto del amor sea agigantadamente el mundo mismo y sus seres

naturales más violentos, o sea la entidad individualizada de la amada —el cosmos y la amada son aquí la misma cosa—, el amor es sentido allí como la única vislumbre cierta de lo absoluto. Y aun, y aquí coincidiendo textualmente con nuestra circunstancial terminología valorativa, llega a definir al amor como «un intento de comunión con lo absoluto» («En la vida del poeta: el amor y la poesía», II, 422), y a la poesía, como «una forma del conocimiento amoroso» («Poesía, comunicación», II, 669).

Recordemos de *La destrucción o el amor* el primer verso del poema «Las águilas»: *El mundo encierra la verdad de la vida, frente a la melancólica mentira de la sangre* (I, 420). Y en otra pieza del mismo libro, «Unidad en ella», nos dice que nada, por el amor, nunca podrá destruir la unidad de este mundo (I, 332). No se requerirán más confirmaciones de esta apasionada verdad que el poeta joven intuye, y la cual es tan esencial en su pensamiento poético de esos años, que no puede pasar inadvertida a los lectores ni lo ha pasado a la crítica. Interesan más aquellos momentos en los cuales queda explicitada rotundamente cómo la violencia del amor, sentido así como apertura hacia lo absoluto y total, absorbe y anula la conciencia personal —nivel único donde habría de efectuarse la función del racional conocimiento humano—. Si el sentimiento dominante en la unión mística —y aquí no estamos sino ante una mística de la materia— es el de la más perfecta indeterminación u obnubilación del yo, a efectos de esa absorbente unión, ningún resquicio encontrará la mente para racionalizar en tal instante lo vivido, lo que se vive; esto es, para tratar de convertir simultáneamente la experiencia en conocimiento. En el poema «Ven siempre, ven», uno de los de más intenso erotismo de la colección recién citada, se siente plenamente la atracción del cosmos, que reclama por las vías de la destrucción o la muerte, y ante la cual esa otra atracción inmediata de la amada es algo así como un «simulacro» (5). El poeta proclama entonces abiertamente, como lo haría el místico en trance semejante, la condicionada anulación de su capacidad cognoscitiva racional, paso indispensable previo a la absoluta y misteriosa fusión entrevista. Un largo versículo de ese poema lo declara así: *Pero tú no te acerques, tu frente destellante, carbón encendido que me arrebató a la propia conciencia* (I, 339). El pasaje es diamantino: el rapto de la conciencia, ardida por el efluvio ígneo —*carbón encendido*— de la fuerza erótica,

(5) Hablando de «la aspiración amorosa de la realidad viva» en *La destrucción o el amor*, aclara el propio Aleixandre: «¿Y el amor humano? El amor humano, en esta misma poesía, si por un lado es como un ardiente simulacro de esa confusión última que sólo abren las puertas de la muerte...» («Dos poemas y un comentario», II, 650). Lo destacado en letra cursiva es mío.

obstruye toda necesidad o aun posibilidad de inquietudes reflexivas e inquisitivas. El amor, como vivencia de la comunión con el mundo, es así y, sobre todo, *conocimiento total*, rebasador de límites y aca-llador de importunas preguntas. O, en todo caso, su única respuesta.

Porque si alguna vez encontramos en esta época un poema que pareciese animado por la urgencia de conocimiento—y ello sucede en el expresivamente titulado «Quiero saber»—, no se tarda en comprender que tal urgencia sólo lo es de asegurarse la posibilidad de esa unidad amorosa entre los amantes, que recreará la englobadora y total unidad amorosa de y con el mundo. Una estrofa bastará para comprobarlo:

*Quiero saber si un puente es hierro o es anhelo,
esa dificultad de unir dos carnes íntimas,
esa separación de los pechos tocados
por una flecha nueva surtida entre lo verde (I, 358).*

Esta exigencia—pues el poema reitera una y otra vez, como *leit motiv*, su título «Quiero saber»—encierra ya una duda, desde luego, porque no debe caerse en la ingenuidad de presumir en toda esta poesía primera de Aleixandre una inocente y feroz alegría, un optimismo ciego. Están en ella también, como taladrando esos impulsos, las contrarréplicas intelectivas y emocionales que denotan la debilidad (¿el orgullo?) y la curiosidad mismas—esos dones oscuros y «humanísimos» de aquel reptil primero del paraíso—de quien aquellos impulsos vive. Están, así, la ardiente «evasión hacia el fondo» (título primero de *Pasión de la tierra*), la ironía de *Espadas como labios*, las ráfagas de pesimismo que se escuchan en *La destrucción o el amor* y la ya sin límites desolación de *Mundo a solas*. Esa dialéctica entre afirmación vital e ignorancia o impotencia del hombre, que habrá de verse continuada en toda la obra de Aleixandre, es quien concede a ésta su inmediato dramatismo y su mayor grandeza y verdad, librándola tanto de insostenibles entusiasmos candorosos como de empecinadas negaciones aniquiladoras. Vale decir: aproximándola a lo real de la existencia, y no por fácil eclecticismo, sino por su fiel acuerdo a lo inestable—altura y servidumbre—de la condición humana.

Pero la fe en el amor, como vehículo de acceso a la comunión con el mundo, no se doblega. Y esta comunión suplanta al conocimiento aprehensible por la razón o es ya conocimiento total. Aleixandre mismo le concede esta jerarquía altísima. La pasión de vinculación amorosa con la realidad ha escrito: «no será una pasión limitada y circunscrita, sino que aspira a ser totalizadora, explicadora, resolutoria en sí misma» («En la vida del poeta...», II, 407). Repárese

en las dos calificaciones últimas, *explicadora* y *resolutoria*, y, sobre todo, en la anterior: *totalizadora*. Esa pasión amorosa sería así el único modo de colmar la otra pasión, la del conocimiento, pues que *todo* lo abarca, explica y resuelve sin dejar frustradoras ansiedades en quien la experimenta. De haber detenido aquí su exploración en el conocimiento, hasta ahora sólo emocional e intuitiva, Aleixandre la habría dejado en un momento apical y glorioso. Pero la razón —los años— fueron clavando sus tenaces preguntas, sus urgentes demandas, y la visión de gloria comenzó lentamente a desvanecerse. Es lo que, poco a poco, hemos de ir viendo desde ahora.

COMUNICACION: RECONOCIMIENTO

La segunda gran parcela de la poesía aleixandrina, al menos a los efectos concretos de nuestro tema, aparece integrada por tres libros: *Sombra del paraíso* (1944), *Historia del corazón* (1954) y *En un vasto dominio* (1962), los cuales a su vez dibujan entre sí, como ya se advertirá, una gradación ascensional en la rigurosa preocupación del conocimiento. *Sombra del paraíso*, por lo que tiene a) de canto de las místicas fuerzas aurales del mundo, pero b) entonado desde su pérdida (por tanto, desde la historia), es un libro-eje, un libro-bisagra, en la evolución de Aleixandre; y ésta es la razón por la cual se lo ha ubicado dentro de una u otra de las dos primeras etapas de esa evolución. Por los motivos que muy pronto he de desarrollar, se verá que la quiebra espiritual que allí se apunta (la desconfianza en la unidad cósmica *hombre-mundo*, hasta entonces e incluso en ese mismo libro invocada) nos lo hace útil como punto de partida de un nuevo escorzo en el afán cognoscitivo del poeta. Y, sin embargo, esta colección contiene todavía textos donde todo lo dicho en el apartado anterior parecería alcanzar su más radiante culminación. Gonzalo Sobejano, en un trabajo consultado por deferencia suya («*Sombra del paraíso: Ayer y hoy*»), que se recoge en este mismo número de *Cuadernos Hispanoamericanos*, observa con cuidado su composición inicial, «El poeta», y la describe con términos fácilmente asimilables a los que más atrás hemos empleado: «... para posesionarse de la fuerza de la vida es menester pasar más allá de la palabra y *comu'gar* real e inmediatamente con la naturaleza, pues no otro sentido que el de esa *comuni'ón* sugieren los versos últimos de «El poeta», en que el cuerpo del hombre se estira desde los pies remotísimos hasta las manos alzadas de la luna (...), cubriendo la extensión del orbe en un *abrazo fundente*». (Los subrayados en esta cita son míos.)